

«Consideramos que *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, es un clásico imperecedero. Dentro de dos siglos, lo mismo pensarán de *Por qué fracasan los países*.»

*George Akerlof, premio Nobel de Economía (2001)*

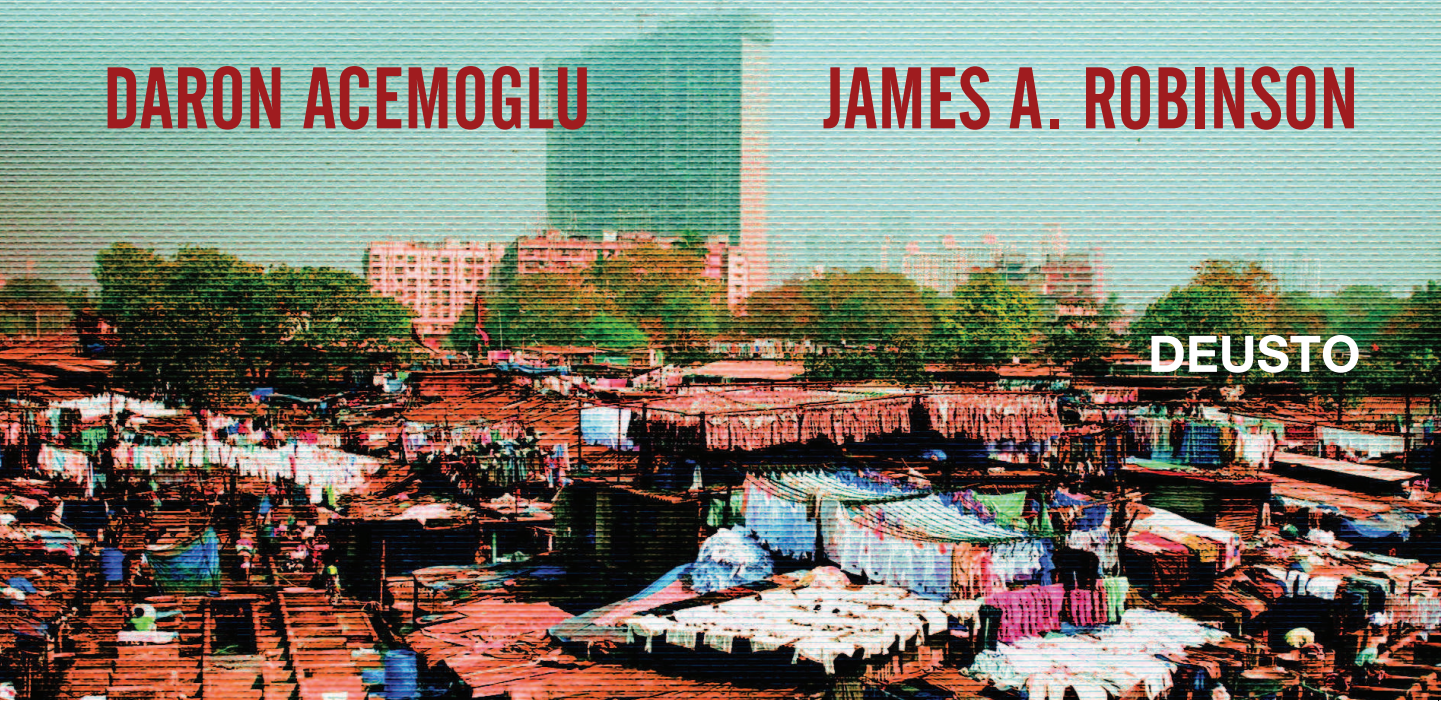
**LOS ORÍGENES DEL PODER,  
LA PROSPERIDAD Y LA POBREZA**

# **POR QUÉ FRACASAN LOS PAÍSES**

**DARON ACEMOGLU**

**JAMES A. ROBINSON**

**DEUSTO**



# Por qué fracasan los países

Los orígenes del poder,  
la prosperidad y la pobreza

**DARON ACEMOGLU y  
JAMES A. ROBINSON**

Traducido por Marta García Madera



EDICIONES DEUSTO

## La difusión de la prosperidad

### Honor entre ladrones

La Inglaterra del siglo XVIII o, para ser más exactos, la Gran Bretaña después de la unión en 1707 de Inglaterra, Gales y Escocia, tenía una solución muy sencilla para tratar a los delincuentes: alejarlos de su vista, de su mente o, como mínimo, de los problemas. Transportaron a muchos de los delincuentes a colonias penitenciarias en el imperio. Antes de la guerra de Independencia, los delincuentes condenados, los convictos, eran enviados principalmente a las colonias americanas. Después de 1783, tras la independencia, Estados Unidos dejó de recibir con los brazos abiertos a los convictos británicos y las autoridades británicas tuvieron que encontrarles otro hogar. Primero, pensaron en África occidental. Sin embargo, el clima, con enfermedades endémicas como la malaria y la fiebre amarilla, contra las que los europeos no estaban inmunizados, era tan mortífero que las autoridades decidieron que era inaceptable enviar a convictos a la «tumba del hombre blanco». La siguiente opción fue Australia. Su costa este había sido explorada por el capitán James Cook, un gran navegante. El 29 de abril de 1770, Cook llegó a una bahía maravillosa, que llamó ba-

hía Botánica en honor a las ricas especies que encontraron los naturalistas que viajaban con él. Los oficiales del gobierno británico lo consideraron un enclave ideal. El clima era templado y el lugar estaba tan lejos de la vista y la mente como se podía imaginar.

Una flota de once barcos llenos de presos se dirigió a la bahía Botánica en enero de 1788 bajo el mando del capitán Arthur Phillip. El 26 de enero, que ahora se celebra como el Día de Australia, montaron un campamento en Sydney Cove, el corazón de la moderna ciudad de Sídney. Denominaron a la colonia Nueva Gales del Sur. A bordo de uno de los barcos, el *Alexander*, capitaneado por Duncan Sinclair, había una pareja de presos que se habían casado, Henry y Susannah Cable. Susannah había sido declarada culpable de robo e, inicialmente, había sido condenada a muerte. Aquella condena fue conmutada posteriormente por catorce años de cárcel y traslado a las colonias americanas, pero no se pudo llevar a cabo debido a la independencia de Estados Unidos. Mientras tanto, en la cárcel del castillo de Norwich, Susannah conoció a Henry, también preso, y se enamoró de él. En 1787, fue elegida para ser transportada a la nueva colonia de presos en Australia con la primera flota que se dirigía a aquel destino. Sin embargo, Henry no fue elegido. Para entonces, Susannah y Henry tenían un hijo pequeño, que también se llamaba Henry. Aquella decisión significaba que la familia iba a ser separada. Susannah fue trasladada a un barco prisión amarrado en el Támesis. No obstante, alguien hizo que esta situación difícil llegara a oídos de una filántropa, lady Cadogan. Lady Cadogan organizó una campaña con la que logró reunir a la familia Cable. Ambos serían trasladados junto al pequeño Henry a Australia. Lady Cadogan también recaudó veinte libras para comprar productos para ellos, que recibirían en Australia. Zarparon en el *Alexander*; sin embargo, cuando llegaron a la bahía Botánica, el paquete había desaparecido, o, como mínimo, eso es lo que afirmaba el capitán Sinclair.

¿Qué podían hacer los Cable? No mucho, según la ley inglesa o británica. A pesar de que en 1787 Gran Bretaña tenía instituciones políticas y económicas inclusivas, aquella inclusividad no

abarcaba a los presos, que prácticamente no tenían ningún derecho. No podían poseer bienes. Sin duda alguna, no podían llevar a nadie a juicio. De hecho, ni siquiera podían prestar declaración en un juicio. Sinclair lo sabía y probablemente se quedó con el paquete. Aunque nunca lo admitiera, sí que presumió de que no podía ser llevado a juicio por los Cable. De acuerdo con la ley británica, tenía razón. Y, en Gran Bretaña, ese asunto habría acabado allí. Pero no en Australia. El juez David Collins expidió la orden siguiente:

Henry Cable y su mujer, nuevos colonos de este lugar, tenían, antes de dejar Inglaterra, cierto paquete enviado a bordo del barco *Alexander* capitaneado por Duncan Sinclair, formado por ropa y otros artículos adecuados para su situación actual, que fueron recogidos y comprados por varias personas caritativas para uso de los mencionados Henry Cable, su mujer y su hijo. Se han realizado varias solicitudes con el propósito expreso de obtener dicho paquete del capitán del *Alexander*, que ahora descansa en el puerto, sin efecto [excepto] una pequeña parte de dicho paquete que contiene unos cuantos libros, el resto, que es de un valor más considerable, todavía continúa a bordo de dicho barco, el *Alexander*, el capitán del cual parece muy negligente al no hacer que sean entregados a sus respectivos dueños, tal y como se ha mencionado anteriormente.

Como Henry y Susannah eran analfabetos, no podían firmar la orden judicial y solamente pusieron sus cruces al final del escrito. Las palabras «nuevos colonos de este lugar» fueron tachadas más tarde, pero eran muy significativas. Algunos pensaron que, si Henry Cable y su mujer eran descritos como presos, el caso no tendría esperanzas de prosperar y alguien tuvo la idea de llamarlos *nuevos colonos*. Aquello quizá fuera un poco demasiado para el juez Collins, y lo más probable es que fuera él quien tachara aquellas palabras. Sin embargo, la orden judicial funcionó. Collins no desestimó el caso y convocó al tribunal, con un jurado compuesto totalmente por soldados. Sinclair fue llamado a declarar. A pesar de que Collins no mostraba mucho entusiasmo

por el caso y que el jurado estaba compuesto por las personas que se enviaban a Australia para vigilar a presos como los Cable, ganaron éstos. Sinclair se defendió de las acusaciones alegando que los Cable eran delincuentes. Sin embargo, el veredicto fue que tuvo que pagar 15 libras.

Para alcanzar aquel veredicto, el juez Collins no aplicó la ley británica, sino que hizo caso omiso de ella. Fue el primer caso civil juzgado en Australia. El primer caso criminal les habría parecido igual de extraño en Gran Bretaña. Un preso fue acusado de robar el pan de otro recluso, y el pan valía 2 peniques. En aquel momento, un caso de esas características no habría llegado al tribunal, porque los presos no tenían derecho a poseer bienes. Pero Australia no era Gran Bretaña y su ley no sería solamente británica. Y Australia pronto se distanciaría de Gran Bretaña en la ley criminal y civil y en una serie de instituciones económicas y políticas.

La colonia penal de Nueva Gales del Sur inicialmente estaba formada por los presos y sus guardias, la mayoría de los cuales eran soldados. Hubo pocos «colonos libres» en Australia hasta 1820 y el traslado de presos, aunque se detuvo en Nueva Gales del Sur en 1840, continuó hasta 1868 en Australia occidental. Los convictos debían realizar un «trabajo obligatorio», esencialmente, trabajos forzados, y los guardias intentaban ganar dinero con ello. Al principio, los convictos no tenían sueldo; solamente les daban comida a cambio del trabajo realizado. Los guardias se quedaban lo que producían. No obstante, este sistema, como los impuestos por la Virginia Company en Jamestown, no funcionaba demasiado bien porque los convictos no tenían incentivos para esforzarse en el trabajo ni para trabajar bien. Los ataban o desterraban a la isla de Norfolk, solamente treinta y cuatro kilómetros cuadrados de territorio situado a más de mil quinientos kilómetros al este de Australia en el océano Pacífico. Pero como ni atarlos ni desterrarlos funcionaba, la alternativa fue ofrecerles incentivos. No era una idea natural para los soldados y los guardias. Los convictos eran convictos, y se suponía que ni vendían su trabajo ni podían tener propiedades. No obstante, en Australia no había nadie más para hacer el trabajo. Evidentemente, había

aborígenes, posiblemente un millón cuando se fundó Nueva Gales del Sur. Sin embargo, estaban esparcidos en un continente enorme y la densidad de población en Nueva Gales del Sur era insuficiente para la creación de una economía basada en su explotación. No había una opción latinoamericana en Australia. Por lo tanto, los guardias se embarcaron en un camino que finalmente conduciría a instituciones incluso más inclusivas que las de Gran Bretaña. Los convictos recibían una serie de tareas que debían realizar y, si tenían tiempo libre, podían trabajar para ellos mismos y vender lo que producían.

Los guardias también se beneficiaban de las nuevas libertades económicas de los convictos. La producción aumentó y los guardias fijaron monopolios para vender productos a los convictos. El negocio más lucrativo fue el del ron. En aquel momento, Nueva Gales del Sur, como el resto de las colonias británicas, estaba dirigida por un gobernador nombrado por el gobierno británico. En 1806, Gran Bretaña nombró a William Bligh, el hombre que, diecisiete años antes, en 1789, había sido capitán del *H.M.S. Bounty*, durante el famoso amotinamiento. Bligh era partidario de una disciplina férrea, un rasgo que probablemente fuera en gran parte responsable del amotinamiento. Sus formas no habían cambiado, e inmediatamente cuestionó a los monopolistas del ron. Aquello conduciría a otro motín, esa vez por parte de los monopolistas, dirigidos por un ex soldado, John Macarthur. Los hechos, que se conocerían como la Rebelión del ron, dieron lugar a que los rebeldes derrotaran a Bligh, esta vez en tierra firme y no a bordo del *Bounty*. Macarthur hizo que encerraran a Bligh. Posteriormente, las autoridades británicas enviaron más soldados para tratar la rebelión. Macarthur fue detenido y enviado de vuelta a Gran Bretaña. Pero al cabo de poco tiempo fue liberado y volvió a Australia, donde tuvo un papel crucial tanto en la política como en la economía de la colonia.

Las raíces de la Rebelión del ron eran económicas. La estrategia de dar a los convictos incentivos estaba haciendo ricos a hombres como Macarthur, que fue a Australia como soldado en el segundo grupo de barcos que llegaron en 1790. En 1796, abandonó el ejército para concentrarse en los negocios. En aquel mo-

mento, ya tenía sus primeras ovejas y se dio cuenta de que se podía ganar mucho dinero con la cría de ovejas y la exportación de lana. Al lado de Sídney, hacia el interior, se encontraban las Blue Mountains, que se cruzaron finalmente en 1813, lo que reveló que, al otro lado de las montañas, había grandes extensiones de praderas abiertas. Era el paraíso para las ovejas. Macarthur pronto se convirtió en el hombre más rico de Australia. Los magnates de ovejas pasaron a conocerse como los *squatters*, ya que la tierra que utilizaban para el pastoreo no era suya, sino del gobierno británico. Pero, al principio, aquello era un pequeño detalle. Los *squatters* eran la élite de Australia, o, mejor dicho, eran la «squattocracia».

Incluso con una «squattocracia», Nueva Gales del Sur no se parecía en nada a los regímenes absolutistas de Europa oriental ni a las colonias sudamericanas. No había siervos como en Austria-Hungría y Rusia, ni grandes poblaciones indígenas que explotar como en México y Perú. Nueva Gales del Sur tenía muchas cosas en común con Jamestown (Virginia). En última instancia, la élite vio que le interesaba crear instituciones económicas que fueran significativamente más inclusivas que las de Austria-Hungría, Rusia, México y Perú. Los convictos eran la única mano de obra, y la única forma de incentivarlos era pagarles sueldos por el trabajo que hacían.

Al cabo de poco tiempo, les dieron permiso para convertirse en empresarios y contratar a otros convictos. Lo más destacable era que, tras cumplir sus condenas, recibían tierras y volvían a tener derechos. Algunos de ellos empezaron a enriquecerse, incluso el analfabeto Henry Cable. En 1798, era propietario de un hotel llamado The Ramping Horse, y también tenía una tienda. Compró un barco y empezó a comerciar con pieles de foca. En 1809, poseía como mínimo nueve granjas de unos cuatrocientos setenta acres y varias tiendas y casas en Sídney.

El siguiente conflicto en Nueva Gales del Sur se produciría entre la élite y el resto de la sociedad, formada por convictos, ex convictos y sus familias. La élite, dirigida por antiguos guardias y soldados como Macarthur, incluía a algunos de los colonos libres que se habían sentido atraídos a la colonia por el *boom* de la



economía de la lana. La mayor parte de la propiedad todavía estaba en manos de la élite, y los antiguos convictos y sus descendientes querían poner fin a las deportaciones, tener la oportunidad de ejercer de jurado de sus iguales y acceso a tierra libre. La élite no quería nada de aquello. Su preocupación principal era establecer un título legal en las tierras que ocupaban como *squatters*. La situación volvió a ser similar a los hechos que habían tenido lugar en Norteamérica más de dos siglos antes. Como vimos en el capítulo 1, tras las victorias de los sirvientes contratados frente a la Virginia Company se produjeron las luchas en Maryland y las dos Carolinas. En Nueva Gales del Sur, los papeles de lord Baltimore y sir Anthony Ashley-Cooper correspondieron a Macarthur y los *squatters*. El gobierno británico de nuevo estaba del lado de la élite, aunque también temía que algún día Macarthur y los *squatters* sintieran la tentación de declarar la independencia.

El gobierno británico envió a John Bigge a la colonia en 1819 para dirigir una comisión que investigara lo que ocurría. Bigge se quedó perplejo al ver los derechos de los que disfrutaban los convictos y la naturaleza fundamentalmente inclusiva de las instituciones económicas de aquella colonia penal. Recomendó un cambio radical: los convictos no podrían ser propietarios de tierras, nadie tendría permiso para pagarles sueldo, se limitarían los perdones, los ex convictos no recibirían tierras y los castigos iban a ser mucho más draconianos. Bigge vio a los *squatters* como la aristocracia natural de Australia e imaginó una sociedad autocrática dominada por ellos. Aquello no era posible.

Mientras Bigge intentaba hacer retroceder el tiempo, los ex convictos y sus hijos e hijas demandaban más derechos. De nuevo, se dieron cuenta de que lo más importante, como en Estados Unidos, para consolidar totalmente sus derechos políticos y económicos, era contar con instituciones políticas que los incluyeran en el proceso de toma de decisiones. Exigieron elecciones en las que pudieran participar como iguales, así como asambleas e instituciones representativas en las que pudieran ocupar cargos.

Los ex convictos y sus hijos e hijas estaban dirigidos por el escritor, explorador y periodista William Wentworth. Este inte-

resante personaje fue uno de los líderes de la primera expedición que cruzó las Blue Mountains, que abrieron las amplias tierras de pastoreo a los *squatters*. Existe un pueblo en esas montañas que todavía lleva su nombre. Sus simpatías estaban con los convictos, quizá porque su padre había sido acusado de asaltar caminos y había tenido que aceptar la expulsión a Australia para evitar el juicio y la posible condena. En aquel momento, Wentworth era un fuerte defensor de que hubiera instituciones políticas más inclusivas, de una asamblea electa, de los juicios con jurado para ex convictos y sus familias y del fin de las deportaciones a Nueva Gales del Sur. Creó un periódico, el *Australian*, desde el cual atacaría a las instituciones políticas a partir de ese momento. A Macarthur no le gustaba Wentworth y, sin duda, tampoco lo que pedía. A partir de una lista de nombres, describió así a los seguidores de Wentworth:

Condenado a la horca desde que vino aquí.  
 Repetidamente azotado en la parte posterior de la carreta.  
 Judío londinense.  
 Dueño de un bar judío privado posteriormente de su licencia.  
 Subastero deportado por traficar con esclavos.  
 A menudo azotado aquí.  
 Hijo de dos convictos.  
 Timador: profundamente endeudado.  
 Aventurero americano.  
 Abogado despreciable.  
 Extranjero que hace poco que fracasó con una tienda de música.  
 Casado con la hija de dos convictos.  
 Casado con una convicta que antes tocaba la pandereta.

La vigorosa oposición de Macarthur y los *squatters* no pudo detener la oleada en Australia. La demanda de instituciones representativas era fuerte y no se pudo suprimir. Hasta 1823, el gobernador había controlado Nueva Gales del Sur más o menos por su cuenta. Aquel año, su poder fue limitado mediante la creación de un consejo nombrado por el gobierno británico. Inicialmente, los designados pertenecían a la élite no convicta y

*squatter*, Macarthur entre otros, pero aquello no podía durar. En 1831, el gobernador Richard Bourke cedió a la presión y, por primera vez, permitió que hubiera ex convictos que actuaran como jurados. Los ex convictos y, de hecho, muchos nuevos colonos libres también querían que cesara la deportación de convictos desde Gran Bretaña, porque creaba competencia en el mercado laboral y hacía descender los sueldos. Los *squatters* eran partidarios de los sueldos bajos, pero perdieron. En 1840, la deportación a Nueva Gales del Sur se detuvo y, en 1842, se creó un consejo legislativo con dos tercios de sus miembros elegidos (el resto fue nombrado). Los ex convictos se podían presentar como candidatos a cargos y votar si tenían la suficiente propiedad, y muchos lo hicieron.

A partir de 1850, Australia introdujo el derecho a voto de los hombres adultos blancos. Las demandas de los ciudadanos, los exconvictos y sus familias, habían avanzado mucho más de lo que William Wentworth había imaginado. De hecho, en aquel momento, estaba del lado de los conservadores e insistía en un Consejo Legislativo no electo. Sin embargo, igual que Macarthur antes que él, Wentworth no fue capaz de detener la marea hacia la existencia de instituciones políticas más inclusivas. En 1856, el estado de Victoria, que se separó de Nueva Gales del Sur en 1851, y Tasmania se convertirían en los primeros lugares del mundo que introdujeron un voto secreto efectivo en las elecciones, lo que puso fin a la coacción y la compra de votos. Hoy en día, el método estándar de lograr secretismo al votar en unas elecciones todavía se denomina en inglés *australian ballot* (voto australiano).

Las circunstancias iniciales de Sídney (Nueva Gales del Sur) eran muy parecidas a las de Jamestown (Virginia) ciento ochenta y un años antes, aunque la mayoría de los colonos de Jamestown no eran convictos, sino trabajadores contratados. En ambos casos, las circunstancias iniciales no permitían la creación de instituciones coloniales extractivas. Ninguna colonia tenía una densidad de población indígena que pudiera explotar, ni acceso fácil a metales preciosos como oro o plata, ni tierra y cultivos que hicieran que las plantaciones con esclavos fueran viables desde el punto de vista económico. El tráfico de esclavos

todavía estaba activo hacia 1780 y Nueva Gales del Sur podría haber estado llena de esclavos si hubiera sido rentable. Pero no lo era. Tanto la Virginia Company como los soldados y colonos libres que dirigían Nueva Gales del Sur cedieron a las presiones, creando poco a poco instituciones económicas inclusivas que desarrollaron junto con instituciones políticas inclusivas. Esto sucedió con menos luchas en Nueva Gales del Sur que en Virginia, y los intentos posteriores de cambiar el rumbo de esta tendencia fracasaron.

Australia, como Estados Unidos, experimentó un camino distinto hacia las instituciones inclusivas que el que tomó Inglaterra. Las mismas revoluciones que sacudieron a Inglaterra durante la guerra civil y la Revolución gloriosa no fueron necesarias en Estados Unidos ni en Australia por las circunstancias tan distintas en las que se fundaron aquellos países. Esto, evidentemente, no significa que las instituciones inclusivas se establecieran sin ningún conflicto, y, en el proceso, Estados Unidos tuvo que deshacerse del colonialismo británico. En Inglaterra había una larga historia de gobierno absolutista que estaba profundamente arraigada y fue necesaria una revolución para eliminarla, pero en Estados Unidos y Australia no existía. Aunque lord Baltimore en Maryland y John Macarthur en Nueva Gales del Sur pudieran haber aspirado a aquel papel, no pudieron establecer un control suficientemente fuerte en la sociedad para que sus planes dieran fruto. Las instituciones inclusivas establecidas en Estados Unidos y Australia significaron que la revolución industrial se extendiera rápidamente a aquellas tierras y empezaran a hacerse ricos. El camino que tomaron aquellos países fue seguido por colonias como Canadá y Nueva Zelanda.

Había otros caminos posibles para lograr instituciones inclusivas. En muchos puntos de Europa occidental tomaron un tercer camino hacia las instituciones inclusivas bajo el impulso de la Revolución francesa, que derrocó el absolutismo en Francia y, posteriormente, generó una serie de conflictos entre Estados que extendieron la reforma institucional a través de gran parte de

Europa occidental. La consecuencia económica de estas reformas fue la aparición de instituciones económicas inclusivas en la mayor parte de Europa occidental, la revolución industrial y el crecimiento económico.

### **Romper las barreras: la Revolución francesa**

Durante los tres siglos anteriores a 1789, Francia fue gobernada por una monarquía absolutista. La sociedad francesa estaba dividida en tres segmentos, los denominados estados. Los aristócratas (la nobleza) formaban el primer estado; el clero, el segundo, y el resto de la población, el tercero. Los distintos estados estaban sujetos a leyes diferentes, y los dos primeros estados tenían derechos de los que carecía el resto de la población. La nobleza y el clero no pagaban impuestos, mientras que los ciudadanos tenían que pagar distintos impuestos, como cabría esperar de un régimen que era altamente extractivo. De hecho, la Iglesia no solamente estaba exenta de pagar impuestos, sino que, además, era propietaria de grandes extensiones de tierra y podía imponer sus propios impuestos a los campesinos. La monarquía, la nobleza y el clero disfrutaban de un estilo de vida lujoso, mientras que gran parte del tercer estado vivía en la miseria. Las leyes no solamente garantizaban una posición económica altamente ventajosa para la nobleza y el clero, sino que, además, les daban poder político.

La vida en las ciudades francesas del siglo XVIII era dura e insalubre. La manufactura estaba regulada por gremios poderosos, que generaban buenos ingresos para sus miembros, pero impedían que otros se dedicaran a aquellos oficios o crearan nuevas empresas. El denominado Antiguo Régimen se enorgullecía de su continuidad y estabilidad. La entrada de emprendedores y personas con talento en profesiones nuevas podría crear inestabilidad y no era tolerada. Si la vida en las ciudades era dura, en los pueblos era probablemente peor. Como hemos visto, en este momento, la forma más extrema de servidumbre, que ataba las personas a la tierra y las obligaba a trabajar para los señores feu-

dales y a pagarles impuestos, hacía tiempo que estaba en declive en Francia. Sin embargo, existían restricciones sobre la movilidad y los campesinos franceses debían pagar multitud de impuestos feudales al monarca, la nobleza y la Iglesia.

Con este telón de fondo, se produjo la Revolución francesa, un acto radical. El 4 de agosto de 1789, la Asamblea Nacional Constituyente cambió por completo las leyes francesas proponiendo una nueva Constitución. El primer artículo afirmaba:

La Asamblea Nacional suprime enteramente el régimen feudal y decreta que los derechos y deberes, tanto feudales como censales, todos los que se originan o representan la servidumbre real o personal, sean abolidos sin indemnización.

Su artículo 9 proseguía:

Los privilegios pecuniarios, personales o reales, en materia de impuestos, son abolidos para siempre. Los impuestos se cobrarán a todos los ciudadanos y sobre todos los bienes, de igual manera y en la misma forma. Se considerarán planes por los que los impuestos se pagarán de forma proporcional por parte de todos, incluso para los seis últimos meses del año en curso.

De este modo, la Revolución francesa abolía de un plumazo el sistema feudal y todas las obligaciones y deberes que implicaba, y eliminaba totalmente las exenciones de impuestos de la nobleza y el clero. Pero, quizá lo más radical, e incluso impensable en aquella época, era el artículo 11, que afirmaba:

Todos los ciudadanos, sin distinción de nacimiento, podrán ser admitidos en todos los empleos y dignidades eclesiásticas, civiles y militares, y ninguna profesión útil reportará deshonra.

Por lo tanto, en lo sucesivo, habría igualdad ante la ley para todos, no solamente en los negocios y la vida diaria, sino también en el terreno político. Las reformas de la Revolución continuaron después del 4 de agosto. Posteriormente, se abolió la autori-

dad de la Iglesia para recaudar impuestos especiales y se convirtió a los miembros del clero en empleados del Estado. Junto con la eliminación de los rígidos papeles políticos y sociales, se eliminaron barreras críticas para las actividades económicas. Se abolieron los gremios y todas las restricciones ocupacionales, lo que creó una mayor igualdad de condiciones en las ciudades.

Estas reformas fueron un primer paso hacia el fin del reino de los monarcas absolutistas franceses. Tras las declaraciones del 4 de agosto, hubo varias décadas de inestabilidad y guerra. Sin embargo, se había dado un paso irreversible para separarse del absolutismo y las instituciones extractivas y acercarse a las instituciones políticas y económicas inclusivas. Después de estos cambios, se producirían otras reformas en el terreno económico y político, que, finalmente, culminarían en la Tercera República de 1870, que llevaría a Francia el tipo de sistema parlamentario que la Revolución gloriosa puso en marcha en Inglaterra. La Revolución francesa creó mucha violencia, sufrimiento, inestabilidad y guerra. No obstante, gracias a ella, los franceses no quedaron atrapados en instituciones extractivas que bloqueaban el crecimiento y la prosperidad económicos, como hicieron los regímenes absolutistas de Europa oriental como Austria-Hungría y Rusia.

¿Cómo llegó la monarquía absolutista francesa al borde de la Revolución de 1789? Al fin y al cabo, hemos visto que muchos regímenes absolutistas fueron capaces de sobrevivir largos períodos de tiempo, incluso en mitad del estancamiento económico y la agitación social. Como en la mayoría de las revoluciones y cambios radicales, fue una confluencia de factores lo que posibilitó la Revolución francesa, y éstos estaban estrechamente relacionados con el hecho de que Gran Bretaña se estaba industrializando rápidamente. Y, evidentemente, el camino, como es habitual, era circunstancial, ya que muchos intentos de estabilizar el régimen por parte de la monarquía fracasaron y la Revolución resultó ser más eficaz para cambiar instituciones en Francia y otros puntos de Europa de lo que muchos podrían haber imaginado en 1789.

Muchas leyes y privilegios de Francia eran vestigios de tiempos medievales. No solamente favorecían al primer y segundo

estados respecto de la mayoría de la población, sino que, además, les daban privilegios frente a la Corona. Luis XIV, el Rey Sol, gobernó Francia durante cincuenta y cuatro años, desde 1661 hasta su muerte en 1715, aunque, de hecho, llegó al trono en 1643, a los cinco años. Consolidó el poder de la monarquía, apoyando el proceso hacia un mayor absolutismo que se había iniciado siglos antes. Muchos monarcas a menudo consultaban a la denominada Asamblea de Notables, formada por aristócratas clave elegidos por la Corona. A pesar de ser principalmente consultiva, la Asamblea todavía actuaba como una leve restricción al poder del monarca. Por esta razón, Luis XIV gobernaba sin convocar a la Asamblea. Bajo su reino, Francia logró cierto crecimiento económico, por ejemplo, a través de la participación en el comercio atlántico y colonial. El capaz ministro de Finanzas de Luis XIV, Jean-Baptiste Colbert, también supervisaba el desarrollo de la industria patrocinada y controlada por el gobierno, un tipo de crecimiento extractivo. Esta cantidad limitada de crecimiento beneficiaba prácticamente en exclusiva al primer y al segundo estados. Luis XIV también deseaba racionalizar el sistema impositivo francés, porque, a menudo, el Estado tenía problemas para financiar sus frecuentes guerras, su gran ejército permanente y el séquito, el consumo y los palacios lujosos del rey. Su incapacidad para cobrar impuestos incluso a la nobleza menor ponía graves límites a sus ingresos.

Si bien es cierto que se había experimentado un leve desarrollo económico, cuando Luis XVI llegó al poder en 1774 se habían producido grandes cambios en la sociedad. Además, los antiguos problemas fiscales se habían convertido en una crisis fiscal, y la guerra de los Siete Años con Gran Bretaña, entre 1756 y 1763, en la que Francia perdió Canadá, había sido particularmente costosa. Una serie de figuras significativas intentaron equilibrar el presupuesto real reestructurando la deuda y aumentando los impuestos; entre ellos, Anne Robert Jacques Turgot, uno de los economistas más famosos de su época; Jacques Necker, que también tendría un papel importante después de la Revolución, y Charles Alexandre de Calonne. Ninguno de ellos tuvo éxito. Calonne, gracias a su estrategia, convenció a Luis XVI de que con-



vocara la Asamblea de Notables. El rey y sus asesores esperaban que la Asamblea respaldara sus reformas de manera parecida a como Carlos I esperaba que el Parlamento inglés simplemente estuviera de acuerdo en pagar un ejército para luchar contra los escoceses cuando lo convocó en 1640. La Asamblea dio un paso inesperado y decretó que solamente un cuerpo representativo, los Estados Generales, podía apoyar aquellas reformas.

Los Estados Generales eran un cuerpo muy distinto a la Asamblea de notables. La Asamblea estaba formada por la nobleza y, en gran medida, era elegida por la Corona entre los principales aristócratas, mientras que los Estados Generales incluían a representantes de los tres estados. Se había reunido por última vez en 1614. Cuando los Estados Generales se reunieron en 1789 en Versalles, fue evidente de inmediato que no habría ningún acuerdo. Las diferencias eran irreconciliables. El tercer estado lo veía como una oportunidad de aumentar su poder político y quería tener más votos en los Estados Generales, a lo que la nobleza y el clero se oponían rotundamente. La reunión acabó el 5 de mayo de 1789 sin ninguna resolución, excepto la decisión de convocar a un cuerpo más potente, la Asamblea Nacional, lo que profundizó la crisis política. El tercer estado, sobre todo los comerciantes, hombres de negocios, profesionales y artesanos, quería mayor poder, y vio estos avances como una prueba de su creciente influencia. Por lo tanto, en la Asamblea Nacional, exigieron tener más peso en los procedimientos y más derechos en general. Su apoyo en las calles de todo el país por parte de ciudadanos alentados por estos avances condujo a la reconstitución de la Asamblea como Asamblea Nacional Constituyente el 9 de julio.

Mientras tanto, el ambiente en el país, y sobre todo en París, se radicalizaba. La reacción de los círculos conservadores alrededor de Luis XVI fue convencerle para que despidiera a Necker, el ministro de Finanzas reformista. Aquello condujo a una mayor radicalización en las calles. El resultado fue el famoso asalto a la Bastilla el 14 de julio de 1789. A partir de aquel momento, la Revolución empezó de verdad. Necker fue readmitido y el revolucionario marqués de Lafayette fue puesto al frente de la Guardia Nacional de París.

Incluso más notables que la toma de la Bastilla fueron las dinámicas de la Asamblea Nacional Constituyente, que, el 4 de agosto de 1789, con confianza renovada, aprobó la nueva Constitución en la que abolía el feudalismo y los privilegios especiales del primer y el segundo estados. Sin embargo, esta radicalización condujo al fraccionamiento de la Asamblea, ya que había muchas ideas encontradas sobre la forma que debía adoptar la sociedad. El primer paso fue la formación de clubes locales, sobre todo el radical Club de los Jacobinos, que posteriormente se haría con el control de la Revolución. Al mismo tiempo, un gran número de nobles, los llamados *émigrés*, huían del país. Muchos también animaban al rey para que cortara con la Asamblea y actuara, ya fuera por su cuenta o con la ayuda de potencias extranjeras, como Austria, el país de origen de la reina María Antonieta y el lugar al que se habían dirigido la mayor parte de los *émigrés*. Como muchas personas en las calles empezaron a ver una amenaza inminente contra los logros de la Revolución de los dos últimos años, intensificaron la radicalización. La Asamblea Nacional Constituyente aprobó la versión final de la Constitución el 29 de setiembre de 1791, con lo que Francia se convertía en una monarquía constitucional con igualdad de derechos para todos los hombres, eliminaba las obligaciones y los deberes feudales y ponía fin a todas las restricciones comerciales impuestas por los gremios. Francia todavía era una monarquía, pero, ahora, el rey tenía un papel poco destacado y, de hecho, ni siquiera tenía libertad.

No obstante, la dinámica de la Revolución fue alterada irremediablemente por la guerra que estalló en 1792 entre Francia y la «primera coalición» dirigida por Austria. La guerra aumentó el propósito y el radicalismo de los revolucionarios y las masas (los denominados *sans culottes*, que significa, literalmente, «sin calzones», porque no podían permitirse llevar los pantalones de este estilo que entonces estaban de moda). El resultado de este proceso fue el período conocido como Terror, bajo el control de la facción jacobina dirigida por Robespierre y Saint-Just, desencadenado tras las ejecuciones de Luis XVI y María Antonieta. Condujo a las ejecuciones no solamente de decenas de aristócrata-

tas y contrarrevolucionarios, sino también de varias grandes figuras de la Revolución, como Brissot, Danton y Desmoulin que habían sido líderes populares.

Sin embargo, el Terror pronto escapó a todo control y, finalmente, terminó en julio de 1794 con la ejecución de sus propios líderes, entre los que se incluían Robespierre y Saint-Just. A continuación, hubo una fase de relativa estabilidad, primero bajo el bastante inefectivo Directorio, entre 1795 y 1799, y, posteriormente, con el poder más concentrado de un Consulado de tres personas formado por Ducos, Sieyès y Napoleón Bonaparte. Ya durante el Directorio, el joven general Napoleón Bonaparte se había hecho famoso por sus éxitos militares, y su influencia crecería a partir de 1799. El Consulado pronto se convirtió en el gobierno personal de Napoleón.

Los años comprendidos entre 1799 y el fin del reinado de Napoleón, en 1815, fueron testigo de una serie de grandes victorias militares para Francia, como las de Austerlitz, Jena-Auerstädt y Wagram, que pusieron de rodillas a Europa continental. También permitieron a Napoleón imponer su voluntad, sus reformas y su código jurídico en un territorio enorme. La caída de Napoleón tras su derrota final en 1815 también aportaría un período de limitación, derechos políticos más restringidos y la restauración de la monarquía francesa bajo Luis XVIII. No obstante, todo esto simplemente reducía la aparición definitiva de instituciones políticas inclusivas.

Las fuerzas liberadas por la Revolución de 1789 pusieron fin al absolutismo francés e, inevitablemente, aunque con lentitud, condujeron a la aparición de instituciones inclusivas. Francia y las partes de Europa a las que se habían exportado las reformas revolucionarias participarían en el proceso de industrialización que ya estaba en marcha en el siglo XIX.

## **Exportar la Revolución**

En vísperas de la Revolución francesa de 1789, existían restricciones severas para los judíos de toda Europa. En la ciudad ale-

mana de Fráncfort, por ejemplo, sus vidas estaban reguladas por órdenes fijadas en un estatuto que se remontaba a la Edad Media. No podía haber más de quinientas familias judías en Fráncfort, y todas tenían que vivir en una parte pequeña y amurallada de la ciudad, el Judengasse, el gueto judío. No podían salir del gueto de noche, los domingos ni durante ninguna fiesta cristiana.

En el Judengasse, había un hacinamiento increíble. Medía unos cuatrocientos metros de largo, pero no más de unos cuatro metros de ancho y, en algunos puntos, menos de tres metros. Los judíos vivían bajo una represión y una regulación constantes. Cada año, como máximo dos familias nuevas podían ser admitidas en el gueto y doce parejas judías más se podían casar, solamente si ambos habían cumplido los veinticinco años. Los judíos no podían trabajar la tierra ni comerciar con armas, especias, vino ni cereales. Hasta 1726, tenían que llevar señales específicas, dos anillos amarillos concéntricos en el caso de los hombres y un velo de rayas en el caso de las mujeres. Todos los judíos tenían que pagar un impuesto especial al sufragio.

Cuando estalló la Revolución francesa, un empresario joven y exitoso, Mayer Amschel Rothschild, vivía en el Judengasse de Fráncfort. A principios de 1780, Rothschild era el comerciante líder de monedas, metales y antigüedades de Fráncfort. Sin embargo, como el resto de los judíos de la ciudad, no podía abrir una empresa fuera del gueto, ni siquiera podía vivir fuera de sus murallas.

Esta situación iba a cambiar pronto. En 1791, la Asamblea Nacional Francesa emancipó a los judíos franceses. En ese momento, los ejércitos franceses ocupaban Renania y se emancipaba a los judíos del oeste de Alemania. En Fráncfort, su efecto sería más abrupto y quizá en cierto modo no fuera deliberado. En 1796, los franceses bombardearon Fráncfort y demolieron la mitad del Judengasse. Unos dos mil judíos se quedaron sin casa y tuvieron que irse a vivir fuera del gueto. Los Rothschild estaban entre ellos. Una vez fuera del gueto, estaban liberados de la multitud de regulaciones que les prohibían crear empresas y podían aprovechar nuevas oportunidades de negocio, como un

contrato para suministrar cereales al ejército austriaco, lo que no les habían permitido hacer en el pasado.

Al final de la década, Rothschild era uno de los judíos más ricos de Fráncfort y ya era un hombre de negocios bien establecido. La emancipación total tuvo que esperar hasta 1811, cuando fue implantada finalmente por Karl von Dalberg, que había sido nombrado gran duque de Fráncfort en la reorganización napoleónica de Alemania de 1806. En ese momento, Mayer Amschel Rothschild le dijo a su hijo: «Ahora eres un ciudadano».

Aquellos acontecimientos no pusieron fin a la lucha por la emancipación judía, puesto que hubo ocasiones en las que se dio marcha atrás, sobre todo en el Congreso de Viena de 1815, que formó el acuerdo político posnapoleónico. Pero los Rothschild no iban a volver al gueto. Mayer Amschel y sus hijos pronto tendrían el mayor banco de la Europa del siglo XIX, con sucursales en Fráncfort, Londres, París, Nápoles y Viena.

No fue un acto aislado. Primero los ejércitos revolucionarios franceses y después Napoleón invadieron grandes partes de Europa continental y, en casi todas las áreas que invadieron, las instituciones existentes eran vestigios de la época medieval, que daba poder a reyes, príncipes y nobleza y limitaba el comercio en las ciudades y el campo. La servidumbre y el feudalismo eran mucho más importantes en muchas de esas áreas que en la propia Francia. En Europa oriental, incluyendo Prusia y la parte húngara de Austria-Hungría, los siervos estaban atados a la tierra. En Occidente, aquella forma estricta de servidumbre ya había desaparecido, pero los campesinos debían pagar a los señores feudales diversas tasas e impuestos y también tenían obligaciones de trabajo. Por ejemplo, en el Estado de Nassau-Usingen, los campesinos estaban sujetos a doscientos treinta pagos, deberes y servicios distintos. Los pagos incluían la cuota que se pagaba tras matar a un animal, el diezmo de sangre; también estaban el diezmo de las abejas y el de la cera. Si se vendía o compraba una propiedad, el señor también recibía una cuota. Los gremios que regulaban todo tipo de actividades económicas en las ciudades también solían ser más fuertes en estos lugares que en Francia. En las ciudades alemanas occidentales de Colonia y Aquisgrán,

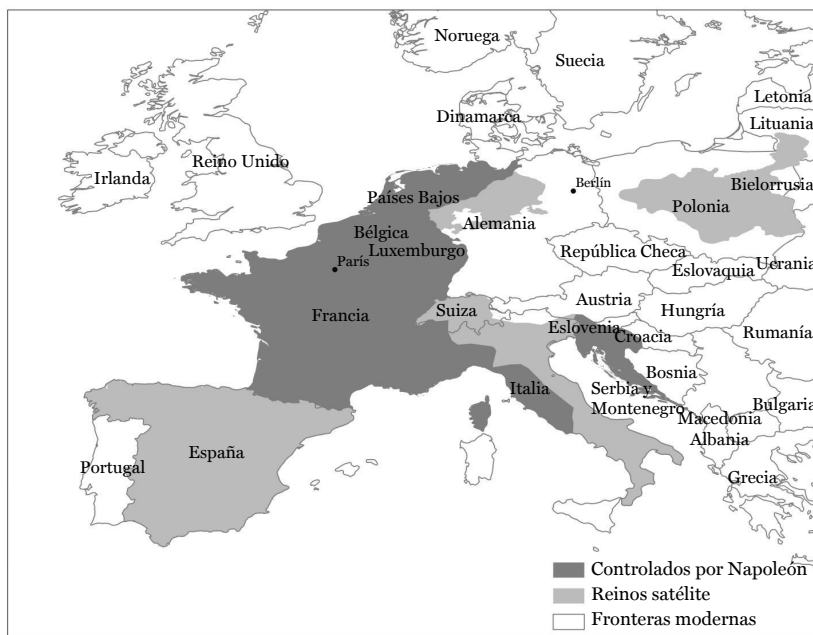
la adopción de máquinas textiles para hilar y tejer fue bloqueada por los gremios. Muchas ciudades, desde Berna en Suiza hasta Florencia en Italia, estaban controladas por un número reducido de familias.

Los líderes de la Revolución francesa y, posteriormente, Napoleón exportaron la Revolución a aquellas tierras, destrozaron el absolutismo, pusieron fin a las relaciones de la tierra, abolieron los gremios e impusieron la igualdad ante la ley, la idea crucial del Estado de derecho, que veremos con mayor detalle en el próximo capítulo. Por lo tanto, la Revolución francesa preparó no solamente a Francia, sino a gran parte del resto de Europa, para las instituciones inclusivas y el crecimiento económico que dichas instituciones fomentarían.

Como hemos visto, varias potencias europeas, alarmadas por el desarrollo de los acontecimientos en Francia, se organizaron alrededor de Austria en 1792 para atacar a Francia, aparentemente para liberar al rey Luis XVI, pero, en realidad, para aplas-

MAPA 17

### El imperio de Napoleón



tar la Revolución francesa. La expectativa era que los ejércitos improvisados creados por la Revolución pronto sucumbirían. Sin embargo, tras las primeras derrotas, los ejércitos de la nueva República francesa salieron victoriosos en una guerra inicialmente defensiva. Había que superar problemas organizativos serios, pero los franceses llevaban ventaja a otros países en una innovación crucial: el reclutamiento en masa. Este tipo de reclutamiento, introducido en agosto de 1793, permitía que los franceses crearan grandes ejércitos y desarrollaran una ventaja militar al borde de la supremacía incluso antes de que las famosas habilidades militares de Napoleón entraran en escena.

El éxito militar inicial animó a los líderes de la República a ampliar las fronteras de Francia, con vistas a crear una zona de seguridad entre la nueva república y las monarquías hostiles de Prusia y Austria. Los franceses pronto se apoderaron de los Países Bajos austriacos y las Provincias Unidas, esencialmente, los actuales Bélgica y Países Bajos. También tomaron gran parte de lo que hoy en día es Suiza. En los tres lugares, los franceses tuvieron un fuerte control durante 1790 y los años siguientes.

Al principio, Alemania fue objeto de una profunda contienda. Pero, hacia 1795, los franceses controlaban firmemente Renania, la parte occidental de Alemania que daba a la orilla izquierda del Rin. Los prusianos se vieron obligados a reconocer este hecho en el Tratado de Basilea. Entre 1795 y 1802, los franceses se apoderaron de Renania, pero no de ninguna otra parte de Alemania. En 1802, Renania fue oficialmente incorporada a Francia.

Italia continuaba siendo el foco principal de la guerra a finales del siglo XVIII y principios del XIX, con los austriacos como adversarios. Savoya fue anexionada por Francia en 1792, y se llegó a un punto muerto hasta la invasión de Napoleón en abril de 1796. En su primera gran campaña continental, a principios de 1797, Napoleón había conquistado prácticamente todo el norte de Italia, excepto Venecia, que fue tomada por los austriacos. El Tratado de Campo Formio, firmado con los austriacos en octubre de 1797, puso fin a la guerra de la Primera Coalición y reconoció varias repúblicas controladas por Francia en el norte de Italia. No obs-

tante, los franceses continuaron ampliando su control sobre Italia incluso después de este tratado, invadieron los Estados Papales y establecieron la República Romana en marzo de 1798. En enero de 1799, conquistaron Nápoles y crearon la República Partenopea. Excepto Venecia, que continuó siendo austriaca, los franceses controlaban en aquel momento toda la península Itálica, ya fuera directamente, como en el caso de Savoya, o a través de Estados satélite, como las repúblicas Cisalpina, Ligur, Romana y Partenopea.

La guerra de la Segunda Coalición, entre 1798 y 1801, fue un tira y afloja continuo entre los bandos, pero finalmente fueron los franceses quienes se quedaron esencialmente con el control. Los ejércitos revolucionarios franceses iniciaron rápidamente un proceso radical de reforma en las tierras que habían conquistado, abolieron los vestigios que quedaban de servidumbre y relaciones feudales e impusieron la igualdad ante la ley. Se arrebató al clero su poder y estatus especial, y los gremios de las zonas urbanas fueron eliminados o, como mínimo, quedaron muy debilitados. Esto sucedió en los Países Bajos austriacos inmediatamente después de la invasión francesa en 1795 y en las Provincias Unidas, donde los franceses habían fundado la República de Batavia, con instituciones políticas muy similares a las de Francia. En Suiza, la situación era similar. Los gremios, los señores feudales y la Iglesia fueron derrotados, se eliminaron los privilegios feudales y los gremios fueron abolidos y expropiados.

Lo que habían comenzado los ejércitos revolucionarios franceses fue continuado, de alguna forma, por Napoleón, que estaba interesado sobre todo en establecer un control firme sobre los territorios que conquistaba. En ocasiones, esto implicaba llegar a acuerdos con élites locales o colocar a su familia y asociados al mando, como durante su breve control de España y Polonia. Sin embargo, Napoleón también tenía un deseo verdadero de continuar y profundizar las reformas de la Revolución. Lo más importante es que codificó el derecho romano y las ideas de igualdad ante la ley en un sistema jurídico que sería conocido como el Código Napoleónico. Napoleón consideraba que este código era su mayor legado y deseaba imponerlo en todos los territorios que controlaba.



Evidentemente, las reformas impuestas por la Revolución francesa y Napoleón no eran irreversibles. En algunos lugares, como Hannover (Alemania), las viejas élites fueron restablecidas poco después de la caída de Napoleón y gran parte de lo que lograron los franceses se perdió para siempre. Pero en muchos otros lugares, el feudalismo, los gremios y la nobleza fueron destruidos o quedaron debilitados permanentemente. Por ejemplo, incluso después de que se fueran los franceses, en muchos casos el Código Napoleónico continuó en vigor.

En términos generales, los ejércitos franceses causaron mucho sufrimiento en Europa, pero también cambiaron radicalmente la situación. En gran parte de Europa desaparecieron las relaciones feudales; el poder de los gremios; el control absolutista de monarcas y príncipes; el control del clero sobre el poder político, social y económico, y la base del Antiguo Régimen, que trataba a la gente estableciendo desigualdades basadas en su nacimiento. Estos cambios crearon el tipo de instituciones económicas inclusivas que permitirían que la industrialización arraigara en esos lugares. A mediados del siglo XIX, la industrialización estaba rápidamente en marcha en prácticamente todos los lugares controlados por los franceses, mientras que países como Austria-Hungría y Rusia, que no fueron conquistados por los franceses, o Polonia y España, donde el control francés fue temporal y limitado, estaban todavía muy estancados.

## En busca de la modernidad

En el otoño de 1867, Ōkubo Toshimichi, cortesano líder del dominio feudal japonés Satsuma, viajó desde la capital de Edo, luego Tokio, a la ciudad regional de Yamaguchi. El 14 de octubre, se reunió con los líderes del dominio Chōshū. Tenía una propuesta sencilla: unirían fuerzas, marcharían con sus ejércitos hasta Edo y derrocarían al sogún, gobernante de Japón. En aquel entonces, Ōkubo Toshimichi ya había convencido a los líderes de los dominios Tosa y Aki. Una vez que estuvieron de acuerdo los líderes del poderoso Chōshū, se formó una alianza Satchō (Satsuma-Chōshū) secreta.

En 1868, Japón era un país económicamente subdesarrollado que había sido controlado desde el año 1600 por la familia Tokugawa, cuyo gobernador había tomado el título de sogún (comandante) en 1603. El emperador japonés estaba relegado y había asumido un papel puramente ceremonial. Los sogunes de Tokugawa eran los miembros dominantes de una clase de señores feudales que gobernaban y recaudaban impuestos de sus propios dominios, entre ellos los de Satsuma, controlados por la familia Shimazu. Estos señores, junto con sus militares, los famosos samuráis, dirigían una sociedad parecida a la de la Europa medieval, con categorías ocupacionales estrictas, restricciones sobre el comercio y elevadas cargas impositivas sobre los campesinos. El sogún gobernaba desde Edo, donde monopolizaba y controlaba el comercio exterior, y prohibió a los extranjeros entrar en el país. Las instituciones políticas y económicas eran extractivas y Japón era pobre.

Sin embargo, el dominio del sogún no era completo. Ni cuando la familia Tokugawa se apoderó del país en 1600, pudo controlar a todo el mundo. En el sur del país, el dominio Satsuma continuaba siendo bastante autónomo y se le permitía comerciar independientemente con el mundo exterior a través de las islas Ryūkyū. Fue en la capital satsuma de Kagoshima donde Ōkubo Toshimichi nació en 1830. Como hijo de samurái, también se convirtió en samurái. Su talento fue descubierto pronto por Shimazu Nariakira, el señor de Satsuma, quien pronto lo ascendió en la burocracia. En aquel momento, Shimazu Nariakira ya había trazado un plan para utilizar las tropas de Satsuma para derrocar al sogún. Quería ampliar el comercio con Asia y Europa, abolir las viejas instituciones económicas feudales y construir un Estado moderno en Japón. Su plan incipiente fue truncado por su muerte en 1858. Su sucesor, Shimazu Hisamitsu, fue más cauto, como mínimo, al principio.

En aquel momento, Ōkubo Toshimichi estaba cada vez más convencido de que Japón debía derrocar el sogunato feudal y, finalmente, convenció a Shimazu Hisamitsu. Para conseguir apoyo para su causa, la presentaron como un ultraje contra la marginación del emperador. El tratado que Ōkubo Toshimichi

ya había firmado con el dominio Tosa afirmaba que «un país no tiene dos monarcas, un hogar no tiene dos señores; el gobierno se delega en un gobernante». Sin embargo, la verdadera intención no se limitaba a restaurar el poder del emperador, sino que intentaban cambiar por completo las instituciones políticas y económicas. En el lado de los Tosa, uno de los firmantes del tratado era Sakamoto Ryūma. Cuando Satsuma y Chōshū movilizaron sus ejércitos, Sakamoto Ryūma presentó al sogún un plan de ocho puntos y le pidió insistentemente que dimitiera para evitar la guerra civil. El plan era radical, y, aunque la cláusula 1 afirmaba que «el poder político del país debía volver a la Corte imperial y todos los decretos debían ser emitidos por la Corte», incluía mucho más que solamente la restauración del emperador. Las cláusulas 2, 3, 4 y 5 afirmaban:

2. Se deben establecer dos cuerpos legislativos, una cámara alta y una baja, y todas las medidas del gobierno deben decidirse basándose en una opinión general.
3. Los hombres con capacidad entre los señores, los nobles y la población general deben ser empleados como concejales y los cargos tradicionales del pasado que hayan perdido su propósito deben ser abolidos.
4. Los asuntos exteriores se deben llevar a cabo de acuerdo con regulaciones apropiadas elaboradas basándose en la opinión general.
5. La legislación y las regulaciones del pasado deben dejarse a un lado y se debe seleccionar un código nuevo y adecuado.

El sogún Yoshinobu estuvo de acuerdo en dimitir y, el 3 de enero de 1868, se declaró la restauración Meiji; se devolvió el poder al emperador Kōmei y, un mes después de que muriera éste, el poder pasó a su hijo Meiji. Aunque las fuerzas de Satsuma y Chōshū ocuparan Edo y la capital imperial Kioto, temían que los Tokugawa intentaran volver a tomar el poder y recrear el sogunato. Ōkubo Toshimichi quería que los Tokugawa quedaran derrotados para siempre. Convenció al emperador para que abo-

liera el dominio Tokugawa y confiscara sus tierras. El 27 de enero, el que había sido según Yoshinobu atacó las fuerzas de Satsuma y Chōshū, y estalló la guerra civil que se prolongó hasta el verano, cuando finalmente los Tokugawa fueron derrotados.

Tras la restauración Meiji, se produjo un proceso de reformas institucionales transformadoras en Japón. En 1869, se abolió el feudalismo y los trescientos feudos fueron entregados al gobierno y convertidos en prefecturas, bajo el control de un gobernador. Se centralizaron los impuestos y un Estado burocrático moderno sustituyó al antiguo Estado feudal. En 1869, se introdujo la igualdad de todas las clases sociales ante la ley y se abolieron las restricciones sobre la migración interna y el comercio. Se abolió también la clase samurái, aunque no sin acabar antes con algunas rebeliones. Se introdujeron los derechos de propiedad individual de la tierra y se concedió libertad a las personas para empezar en cualquier oficio y desempeñarlo. El Estado participó fuertemente en la construcción de la infraestructura. En contraste con las actitudes de los regímenes absolutistas en los ferrocarriles, en 1869 el régimen japonés organizó una ruta de barcos de vapor entre Tokio y Osaka y construyó el primer ferrocarril entre Tokio y Yokohama. También empezó a desarrollar una industria manufacturera, y Ōkubo Toshimichi, como ministro de Finanzas, supervisó el principio de un esfuerzo decidido de industrialización. El señor del dominio Satsuma había sido líder en este terreno, con la construcción de fábricas de cerámica, cañones e hilo de algodón e importando maquinaria textil inglesa para crear la primera fábrica de hilados de algodón moderna en Japón en 1861. Asimismo, construyó dos astilleros modernos. En 1890, Japón fue el primer país asiático que adoptaba una Constitución escrita y que creó una monarquía constitucional con un parlamento electo, la Dieta, y un poder judicial independiente. Estos cambios fueron decisivos para permitir que Japón fuera el principal beneficiario de la revolución industrial en Asia.

A mediados del siglo XIX, tanto China como Japón eran países pobres que languidecían bajo regímenes absolutistas. El régimen absolutista de China había desconfiado de los cambios du-

rante siglos. Aunque existieran muchas similitudes entre China y Japón (el sogunato Tokugawa también había prohibido el comercio exterior en el siglo XVII, como lo habían hecho anteriormente los emperadores chinos, y se oponía al cambio político y económico), también había diferencias políticas notables. China era un imperio burocrático centralizado gobernado por un emperador absolutista. Sin duda, el emperador se enfrentaba a límites a su poder, el más importante de los cuales era la amenaza de rebelión. Durante el período comprendido entre 1850 y 1864, todo el sur de China fue devastado por la rebelión Taiping. Murieron millones de personas en el conflicto o debido a la hambruna masiva. Sin embargo, la oposición al emperador no estaba institucionalizada.

La estructura de las instituciones políticas japonesas era distinta. El sogunato había dejado a un lado al emperador, pero, como hemos visto, el poder Tokugawa no era absoluto, y dominios como el de Satsuma mantenían la independencia, incluso la capacidad de comerciar con el exterior de forma independiente.

Igual que en el caso de Francia, una consecuencia importante de la revolución industrial británica para China y Japón fue la vulnerabilidad militar. China fue humillada por la potencia naval británica durante la primera guerra del Opio, entre 1839 y 1842, y la misma amenaza se hizo muy real para los japoneses cuando los barcos de guerra estadounidenses, dirigidos por el comodoro Matthew Perry, entraron en la bahía de Edo en 1853. La realidad de que el retraso económico creaba retraso militar formaba parte del impulso del plan de Shimazu Nariakira para derrocar el sogunato y poner en marcha los cambios que finalmente condujeron a la restauración Meiji. Los líderes del dominio Satsuma se dieron cuenta de que el crecimiento económico (quizá incluso la supervivencia japonesa) solamente se lograría a través de reformas institucionales, pero el sogún se oponía porque su poder estaba vinculado a las instituciones existentes. Para llevar a cabo reformas, el sogún debía ser derrocado, y lo fue. La situación era similar en China, pero las distintas instituciones políticas iniciales hicieron mucho más difícil derrocar al emperador, lo que sucedió solamente en 1911. En lugar de reformar

instituciones, los chinos intentaron igualar el poder militar británico importando armas modernas. Los japoneses construyeron su propia industria armamentística.

Como consecuencia de estas diferencias iniciales, cada país respondió de una forma distinta a los retos del siglo XIX, y Japón y China tomaron caminos radicalmente distintos en la coyuntura crítica que creó la revolución industrial. Las instituciones japonesas se transformaron y la economía inició un crecimiento rápido, mientras que, en China, las fuerzas que impulsaban el cambio institucional no eran lo bastante fuertes, y las instituciones extractivas persistieron en gran medida hasta que cambiaron a peor con la revolución comunista de Mao en 1949.

## Las raíces de la desigualdad mundial

En éste y en los tres capítulos anteriores, hemos contado la historia de cómo aparecieron instituciones políticas y económicas inclusivas en Inglaterra para posibilitar la revolución industrial y por qué determinados países se beneficiaron de esta revolución y se embarcaron en el camino hacia el crecimiento, mientras que otros no; de hecho, algunos países se negaron rotundamente a permitir que comenzara la industrialización. Que un país iniciara la industrialización dependía, en gran parte, de sus instituciones. Estados Unidos, que experimentó una transformación similar a la Revolución gloriosa inglesa, ya había desarrollado su propio tipo de instituciones políticas y económicas inclusivas a finales del siglo XVIII. De este modo, se convertiría en la primera nación que explotaba las nuevas tecnologías procedentes de las islas Británicas y pronto superaría a Gran Bretaña y se convertiría en el precursor de la industrialización y el cambio tecnológico. Australia siguió un camino similar hacia las instituciones inclusivas, aunque fuera algo más tarde y pasara más desapercibido. Sus ciudadanos, como los de Inglaterra y Estados Unidos, tuvieron que luchar para obtener instituciones inclusivas. Una vez logradas, Australia lanzaría su propio proceso de crecimiento económico. Australia y Estados Unidos pudieron industrializarse y

crecer rápidamente porque sus instituciones relativamente inclusivas no bloquearon las nuevas tecnologías, la innovación ni la destrucción creativa.

No ocurrió lo mismo en la mayor parte de las colonias europeas porque sus dinámicas eran opuestas a las de Australia y Estados Unidos. La falta de población o de recursos nativos que extraer hizo que el colonialismo de Australia y Estados Unidos fuera muy distinto, aunque sus ciudadanos tuvieran que luchar para conseguir instituciones inclusivas y derechos políticos. En las Molucas, como en muchos otros lugares colonizados por los europeos en Asia, el Caribe y Sudamérica, los ciudadanos tenían pocas posibilidades de ganar aquella batalla. Allí, los colonos europeos impusieron un tipo nuevo de instituciones extractivas o se adueñaron de las instituciones extractivas ya existentes, para poder extraer recursos valiosos, desde especias y azúcar hasta oro y plata. En muchos otros lugares, pusieron en marcha una serie de cambios institucionales que harían que la aparición de instituciones inclusivas fuera muy improbable. En algunos sitios, eliminaron explícitamente cualquier industria floreciente o las instituciones económicas inclusivas existentes. La mayoría de aquellos lugares no pudieron beneficiarse de la industrialización en el siglo XIX, ni tampoco en el XX.

La dinámica del resto de Europa también fue bastante distinta a la de Australia y Estados Unidos. Mientras la revolución industrial de Gran Bretaña cobraba impulso a finales del siglo XVIII, la mayor parte de los países europeos estaban gobernados por regímenes absolutistas y controlados por monarcas y aristocracias cuya mayor fuente de ingresos eran los impuestos que cobraban de las tierras que poseían o los privilegios comerciales de los que disfrutaban gracias a las prohibitivas barreras impuestas a las importaciones. La destrucción creativa que crearía el proceso de industrialización erosionaría los beneficios comerciales de los líderes y utilizaría recursos y mano de obra de sus tierras. Las aristocracias serían los perdedores económicos de la industrialización. Y lo más importante es que también serían perdedores políticos, ya que el proceso de industrialización, sin duda, crearía inestabilidad y retos para su monopolio del poder político.

Sin embargo, las transiciones institucionales en Gran Bretaña y la revolución industrial crearon oportunidades y nuevos retos para los Estados europeos. Aunque hubiera absolutismo en Europa occidental, la región también había compartido gran parte de la deriva institucional que había afectado a Gran Bretaña en el milenio anterior. No obstante, la situación era muy distinta en Europa oriental, el Imperio otomano y China. Estas diferencias eran importantes para la difusión de la industrialización. Igual que la peste negra o el auge del comercio atlántico, la coyuntura crítica creada por la industrialización intensificó el conflicto por las instituciones siempre presente en muchos países europeos. Uno de los factores principales fue la Revolución francesa de 1789. El fin del absolutismo en Francia abrió el camino a las instituciones inclusivas, y, finalmente, los franceses se embarcaron en la industrialización y el rápido crecimiento económico. De hecho, la Revolución francesa hizo más que eso: exportó sus instituciones e invadió y eliminó por la fuerza instituciones extractivas de varios países vecinos. De esta forma, allanó el camino a la industrialización no solamente en Francia, sino también en Bélgica, los Países Bajos, Suiza y algunas partes de Alemania e Italia. Más al este, la reacción fue similar a la que hubo tras la peste negra, cuando, en lugar de hundirse, el feudalismo se intensificó. Austria-Hungría, Rusia y el Imperio otomano quedaron aún más retrasadas económicamente, pero sus monarquías absolutistas lograron permanecer hasta la primera guerra mundial.

En el resto del mundo, el absolutismo fue tan resistente como en Europa oriental, sobre todo en China, donde la transición Ming-Qing condujo a un Estado que quería construir una sociedad agrícola estable y hostil al comercio internacional. Sin embargo, también había diferencias institucionales importantes en Asia. Si China reaccionó a la revolución industrial igual que Europa oriental, Japón reaccionó igual que Europa occidental. Como en Francia, hizo falta una revolución para cambiar el sistema, esta vez dirigida por los señores renegados de los dominios Satsuma, Chōshū, Tosa y Aki. Estos señores derrocaron al sogún, crearon la restauración Meiji y condujeron a Japón al camino de las reformas institucionales y el crecimiento económico.



También vimos que el absolutismo era resistente en la aislada Etiopía. En el resto del continente, la misma fuerza del comercio internacional que ayudó a transformar las instituciones inglesas en el siglo XVII cerró grandes partes del África occidental y central en instituciones altamente extractivas a través del tráfico de esclavos. Aquel hecho destruyó las sociedades en algunos lugares y condujo a la creación de Estados esclavistas extractivos en otros.

La dinámica institucional que hemos descrito, en última instancia, determinó qué países iban a aprovechar las grandes oportunidades que surgieron a partir del siglo XIX y qué países no lo iban a hacer. Las raíces de la desigualdad mundial que observamos hoy en día pueden encontrarse en esta divergencia. Salvo contadas excepciones, los países ricos actuales son aquellos que se embarcaron en el proceso de industrialización y cambio tecnológico que empezó en el siglo XIX, y los pobres, los que no lo hicieron.